



II

PÁGINAS DE MI NIÑEZ.

PARECÍA natural que al escribir por obediencia algunos episodios de mi vida íntima, empezara consignando mi nombre, el de mi patria y el de mis padres; pero he podido conseguir que esto quede oculto é ignorado de los hombres, los cuales sólo sabrán que mi Padre es Dios, mi patria el cielo y mi nombre.... ¡ah! con tal que mi nombre esté escrito en el Libro de la vida y sea conocido de Dios, renuncio de buena gana á que lo conozcan los mortales y ande escrito en los libros de la tierra.

No obstante, con relación á mi patria debo decir que vi la luz primera en la hermosa región á que dió su nombre el caudaloso Betis, encanto de los árabes y admiración de los extranjeros. Me crié, como las aves, en una campiña deliciosa, y allí mi niñez se deslizó rápida y alegre, como corren los cabritillos por el prado.

Cuando comencé á tener conocimiento, recuerdo que mi atención se fijaba mucho en la corriente de los claros arroyuelos, que retrataba en sus mansas

aguas las flores de sus orillas; en el canto del ruiseñor que gemía escondido en la espesura del bosque; en las palmeras que se mecían arrulladas por el céfiro, y en los naranjos cubiertos de blancas y aromáticas flores ó de dorados y vistosos frutos.

Por la mañana solía despertarme el canto del gallo, cuando las primeras tintas de la aurora blanqueaban el horizonte; y, al dejar el lecho, me gustaba escuchar la algarabía de los pájaros que anidaban en el tejado, ó el balar de los rebaños que dejaban el redil para triscar por el prado, al dulce y agreste son de los cencerros y campanillas que los mansos llevaban.

Entonces, cual paloma que vuela de su nido, salía yo de mi blanca y alegre casita á cojer el corderito que más cerca de mí pasaba, ó corría alegremente tras de las pintadas mariposas que volaban de flor en flor, cuando aún las gotas del rocío brillaban sobre sus matizados pétalos. ¡Ay, Jesús mio! Al trazar estas líneas parece que mi alma se traslada al delicioso campo que fué el mudo testigo de mis inocentes juegos.

Nada era entonces para mí tan grato como contemplar la salida del sol cuando asomaba su resplandeciente disco por encima de los montes cubiertos de ligeras y blancas nubecillas que se trocaban de repente en púrpura y grana, así que las envolvía con su luz el rey de los astros. Éste dejaba caer y esparcía sus rayos como lluvia de oro sobre las verdes arboledas que, agitadas blandamente por la brisa de la mañana, producían un rumor delicioso que escuchaba mi alma con gozo inefable, porque le hacía sentir una emoción indefinible.

Luego fijaba mis ojos en el azul purísimo del cielo, y al ver remontarse por el aire á la madrugadora alondra, mi alma deseaba salir del pequeño cuerpo

que la envolvía y volar por el espacio como las aves. ¿Y qué era yo entonces ¡pobre de mí! sino una avecilla del aire, una flor del campo ó una ovejita como las que pacían en mi pradera? ¡Sí, Dios mío, sí! ¡Aún no te conocía yo más que por instinto, ni sabía que eras el Criador soberano del cielo y de la tierra! Siete años había cumplido y aún mis labios no habían pronunciado tu nombre mil veces bendito, ni mi voz había cantado tus alabanzas, ni mi lengua había formulado una plegaria. ¡Ay de mí, Jesús mío, y con qué pena lo recuerdo! ¡Aun no sabía rezar! ¡aun no me habían enseñado á conocerte ni sabía dirigirte una oración! ¡Qué pena! ¿Por qué las madres cristianas no enseñan á rezar á sus hijos desde que éstos comienzan á balbucear las primeras palabras?

Otra cosa recuerdo de mi infancia que no puedo olvidar, y es la impresión que me produjo el mar la primera vez que tendí la vista por su dilatada superficie. Muchas veces había oído hablar de él, del movimiento de sus olas, de sus furiosas borrascas, de los peces que surcan sus aguas y de las maravillas que en su seno encierra; pero al contemplar por vez primera desde un alto promontorio el líquido elemento con sus encrespadas olas heridas por los rayos del sol poniente; al aspirar la fresca brisa que parecía nacer en aquella azulada llanura de movedizas ondas, cuyo incessante oleaje venía á estrellarse mansamente á mis pies; al percibir el continuo murmullo que con su eterno bullir producen las aguas del océano, y no hallar por ninguna parte límites al Ponto alborotado, caí de rodillas, adoré á Dios, á quien ya conocía, y se despertó en mi alma la idea de su omnipotencia, de su inmensidad y de su grandeza infinita.

Cuando me levanté de allí me pareció que dejaba de ser niña porque había visto el mar. ¡Quién había

de decirme entonces que ese mar agitado era la imagen más acabada de la vida humana!

Desde entonces comencé á rendir culto al Creador de la naturaleza, admirando y venerando las obras de su mano poderosa, y los días de mi existencia se deslizaban tranquilos como las aguas de un manso río antes que las tormentas y las lluvias lo hagan salir de madre é inundar la campiña. Mi vida se parecía á la de los capullos de mi rosal, que se mecian lánguidamente arrullados por las auras, antes que el sol quemara sus cálices y el vendabal arrancara sus hojas.



III

DESPEDIDA DE MI INFANCIA.

A los doce años aun dormía mi alma el sueño de la inocencia como duerme el pájaro en su nido; á veces presentía que iba á despertar de aquel sueño tranquilo, y entonces mi corazón se entristecía, lloraba y temía: temía perder el tesoro de su inocencia, lloraba por tener que separarse para siempre de su niñez querida, y se entristecía porque iba á entrar en el desierto de la vida lleno de espinas, dolores y amarguras.

Un día en que la tristeza se había apoderado de mi pecho sentí en el fondo de mi corazón un estremecimiento extraño; abrí los ojos, desperté de mi dulce sueño y oí la voz de mi niñez que me decía: — ¡Adiós, adiós para siempre! — ¡Adiós, infancia querida! le contesté yo; ¡adiós, sueño delicioso, el más grato de mi vida; adiós, nido de santos amores, edad dichosa que preservas al alma de culpas, hermoseándola con el blanco traje de la inocencia! ¡Adiós, infancia querida, adiós!

Y la mano violenta del tiempo me arrancó de los brazos de la infancia, me abrió las puertas de la asustadiza pubertad y me empujó por la pendiente resbaladiza de la juventud. Y otra mano más cruel que la del tiempo me arrebató el traje de la inocencia, me

sacó de su claro y apacible ambiente y me condujo á otra región de tinieblas, donde tienen su morada el remordimiento, la tristeza, el dolor, la amargura y el desengaño. Revuelto y rápido torbellino de malas pasiones cruzan sin cesar esa triste región, y en una de sus vueltas me arrastró, en su vertiginosa carrera, hacia el abismo de la culpa.

¡Ay, Jesús mío! Al recordar esta segunda época de mi vida, siento como si dos planchas de acero me oprimieran el corazón, arrancando suspiros á mi pecho y lágrimas á mis ojos. ¡Cuán amargo me es recordar los primeros años de mi juventud! ¿Qué fui durante aquel tiempo? ¡Ay de mí! Flor marchita, hoja seca arrastrada por el viento al borde de un abismo, gota de agua cenagosa que perdió su transparencia al mezclarse con el polvo. ¡Necia de mí! Corría afanosa tras de una dicha engañosa, y esa dicha huía de mí burlándose de mi loco afán. ¿Á qué decir más? ¡Ay, Dios mío, en qué apuros me pone la santa obediencia!

Y si fuera solamente apuro y confusión, menos mal; pero ¡ay! que también el pesar, la tristeza y el remordimiento brotan en el pecho de mi alma al escribir esta primera página dedicada á los días de mi niñez, al tiempo felicísimo de mi inocencia. Y ¿cómo no entristecerme y llorar con el recuerdo de un bien perdido que nunca más ¡ay de mí! lo encontraré? Padre de mi alma, ejecutor en mí de los designios de Dios, ¿por qué me manda usted escribir lo que ha de arrancar lágrimas á mis ojos? ¿Por qué me hace usted recordar lo que yo quisiera tener sepultado en el olvido? ¿Por qué me manda usted poner aquí lo que no podrá leer sin entristecerse, ni yo escribir sin manchar el papel con ardientes lágrimas? Mas... ¡no quiero quejarme ni resistir!, y así pasaré á decir lo que se me ordena sobre mi vocación y mis luchas.



IV

MI VOCACIÓN Y MIS LUCHAS.



¡PENAS contaba yo diez y siete abriles, cuando llena de ilusiones y de esperanzas, corría en pos de las vanidades y placeres del mundo, olvidada de tí, ¡oh Jesús mío! Rota tenía ya la túnica de la inocencia y manchado el traje de la virtud; no era digna ya de que tú, ¡oh Redenter mío! me mirases; y cuando sólo tenía derecho á esperar tu castigo, fijaste en mí tus ojos y me hablaste al corazón estas palabras: "No has nacido para este mundo que ves: olvidalo todo, abandónalo todo y dame tu corazón."

¡Cuán dolorosa fué para mí esta voz, la primera vez que resonó en mi alma! ¡Abandonar el mundo! ¡qué amargo era esto para mí! Yo no sabía que me tenías preparado desde la eternidad el velo, insignia de tus esposas. Yo había crecido en el erial del mundo, como árbol plantado en tierra inculta, y me resistía á ser arrancada y transplantada á uno de tus más deliciosos jardines. Yo, á manera de oveja errante, corría alegre de pradera en pradera y me alejaba de tí, Pastor di-

vino, buscando sabrosos pastos: oí tus silbos amorosos, y, oh ¡cuánto me costó trepar montes y breñas, burlar la astucia del lobo que me cercaba y llegar á tu redil! ¡Cuánto me costó! ¡qué sacrificio! ¡qué holocausto tuve que hacer entonces de mí misma!

Pero al eco de tu voz divina, el mundo se convirtió para mí en un desierto, en un páramo inhabitable, cuyo ambiente me asfixiaba. ¿De qué servía que me engalanaran á la fuerza y me llevaran, como arrastrando, á saraos, diversiones y festines? Una sonrisa despreciativa y desdeñosa se escapaba de mis labios en medio del bullicio y en mitad de los paseos; porque el mundo tenía para mi alma el aspecto de un inmenso cementerio, en el que cada traje no era más que un sepulcro blanqueado, lleno por dentro de inmundicias y gusanos roedores.

Tú empezaste á ser entonces, oh Dios mío, mi amor, mi vida, mi gloria, mi todo; y yo no suspiraba más que por el momento en que tú, cortando los lazos de carne y sangre que me aprisionaban en el mundo, me hicieras batir las alas, remontar el vuelo, y cual paloma enamorada, poner mi nido en solitaria clausura, donde olvidada y desprendida de todo lo terreno, viviera para tí únicamente.

Yo iba contando uno á uno los días que me separaban de tan anhelado instante; ya creía ver cerca el momento de huir de la casa paterna y vestir el hábito que tanto ansiaba; mas, ¡ay dolor! me aprisionaron, y me dijeron que en tres años no tendría libertad. Entonces comprendí que antes que mis mejillas fuesen cubiertas por la blanca y purísima toca, habían de ser purificadas con lágrimas ardientes que las abrasaran, como abrasados y purificados fueron los labios de Isaías antes de hablar contigo.

¡Tres años! repetía yo con indecible pena, viendo

como en un doloroso bosquejo, todos los tormentos que á mi enamorado corazón le aguardaban, si quería serte fiel. *¡Tres años!* y reconcentrando todas mis fuerzas dentro de mí misma, y herida de dolor, hablando contigo exclamé: ¡yo lucharé! ¡yo sufriré! Ya que así lo quieres, yo venceré todos los obstáculos que se oponen á que á tí me consagre, y pasados tres años, volaré á tus brazos loca de amor y de alegría.

Y rodaron unos tras otros muchísimos meses por la pendiente resbaladiza del tiempo; y en esos meses, ¡cuántos raudales de lágrimas derramaron mis ojos! ¡cuántos arroyos de llanto surcaron mis mejillas, sin hallar mano amiga que las enjugara!

Dos años viví, sosteniendo interiormente y sufriendo en silencio una de esas luchas horribles que matan al alma y destrozan el corazón, dejándolo sin vida en la primavera de la juventud; y en todo ese tiempo no hubo sér que de mí se compadeciera. Yo estaba sola en medio de los míos, y nadie veía el martirio de mi alma; nadie veía las lágrimas que silenciosas se resbalaban por mis mejillas; nadie oía los suspiros y gemidos que en el silencio de la noche brotaban de mi corazón, el cual se veía como fragil barquilla sin velas ni remos en medio de un mar tempestuoso en densa y lóbrega noche.

Llegó por fin el día de mi deseada libertad, y en él brotaron de mis lábios aquellas palabras que tú habías tanto tiempo esperado. ¡Jesús mío! ¡Tuya, ó la muerte! Sí; ¡así había de ser! ¡yo tenía que ser tuya, á pesar de mis padres, á pesar del mundo entero, á pesar del infierno, yo tenía que ser tuya! Mas ¡ay! que para serlo tuve que exprimir mi corazón y sepultar en el olvido lo que tú y mi Padre sólo saben: y todo lo hice sin humano consuelo en tan doloroso sacrificio; sin humana ayuda en tan amarga pena: ¡sola contigo siempre! ¡Ay!

¡bendita soledad! ¡benditas penas! ¡bendito sacrificio, que tantos bienes me ha traído!

Premio de tanto padecer fué la voz de mi amado que resonó en el fondo de mi alma, diciéndole como á la afortunada esposa de los Cantares: "Pasó el invierno; cesó la lluvia; aparecen las primeras flores y se oye el gemido de la tórtola, arrullando en el bosque: Levántate, pues, amiga mía, y ven; salgamos al campo y moremos en el valle misterioso del Paraíso." Y á esta voz se desvanecieron aquellas sombras, aquellas nubes que oscurecían el horizonte de mi alma, y apareció para mí el claro día, el dorado sol.

A la furiosa tempestad había sucedido la más deliciosa bonanza, y mi alegría no tenía límites, como no lo habían tenido mis penas; porque Él había hablado á mi alma con ese lenguaje misterioso y me había dicho, que muy pronto iba á ser suya para siempre, dándole al mundo mi último adiós y realizando así, todos mis ensueños de felicidad. ¿Qué más podía ambicionar? ¿qué más podía apetecer? Á las lágrimas, que por tanto tiempo habían surcado mis mejillas, sucedió la sonrisa en los labios, la calma y alegría en el corazón; y alegre cantaba mis amores, como canta el pájaro en primavera, contemplando su nido.



V

MI ENTRADA Y TOMA DE HÁBITO.

LA mañana que me recibió en su Santa Casa no la olvidaré jamás. El sol acababa de nacer y enviaba sus primeros rayos hacia las azuladas aguas del dormido mar, en cuya clara superficie ligeramente rizada por la brisa reflejábanse admirablemente los dorados rayos del naciente sol. Las aves abandonaban sus nidos y batían sus alas, lanzándose al espacio, trinando alegremente, alabando al Criador con sus arpadas lenguas: ni la más ligera nube empañaba el purísimo azul del horizonte: ni la más ligera sombra empañaba el cielo de mi felicidad.

A medida que me acercaba al convento, mi corazón latía con violencia, como si quisiera romper la cárcel de mi pecho, y volar cuanto antes á su nido: yo acercaba mi boca al Crucifijo y le decía: Tras de aquellos muros vivirá sólo para tí; á través de aquellas rejas mi vida será tu amor, mi alegría tu amor, mi recreo tu amor.

Al pasar el umbral de la puerta, un suspiro se escapó de lo íntimo de mi alma y exclamé: Este es el lugar de mi reposo y el sitio de mi descanso, pues lo escogí; y parecióme que los altos cipreses y las pequeñas

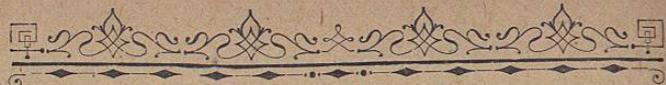
flores del patio se inclinaban dulcemente, dando asentimiento á mis palabras, y dándome también la bienvenida.

¿Qué sintió mi alma, cuando al fin me vi vestida con aquel hábito por el cual tanto habia llorado? ¡Ah! parecióme que él me hablaba con cariño y me decía: Mira; ya no podrá llegar hasta tí ni mancharte el hálito ponzoñoso del mundo, porque yo estoy aquí para defenderte. Y yo lo acariciaba con entusiasmo santo, cual puede acariciar un guerrero la férrea cota que le defiende de los golpes enemigos.

Me miraba y no sabia si reír ó si llorar de gozo: corrí al convento para que me vieran sus vetustos muros con mi nuevo traje: llegué al huerto y saludé á las flores, y á las plantas, pidiéndoles albricias: bajé al patio y abracé sus columnas, besándolas con delirio y diciéndoles en cada beso: Ya estaré siempre con vosotras.

Paseé los claustros y corredores, diciéndoles que eran míos y yo de ellos; ellos la jaula y yo la avecilla voluntariamente presa entre sus muros; subí á mi celda, besé su pavimento, sonreí á sus paredes y prometí vivir en ella, como la santa que me habia precedido en aquella dulce morada: me dirigí al coro y desde sus rejas miré al sagrario y hablé á mi Prometido: ¿Lo ves, Jesús mio? ¡Tuya! ¡siempre tuya! y..... saboreando estas palabras y repitiendo estas obras, pasé los deliciosos días de mi noviciado.

En aquel tiempo era yo una de esas cariñosas ovejitas que no pueden vivir separadas un instante de su buen pastor: si comen, ha de ser junto á él; si duermen tiene que ser á sus pies; si se recrean, ha de ser con él; no saben vivir de otro modo. Así vivía yo pensando siempre en tí ¡oh Jesús mio! amando sólo á tí! Mi vida en el claustro así tenía que ser: por tí, para tí y en tí.



VI

MI APRENDIZAJE.

DOCÓME en suerte y dióme el Cielo por Maestra una mujer singular, verdadero angel de la tierra, ejemplar de todas las virtudes y espejo de la vida monacal. Tenía la fortaleza del martir, la prudencia del sabio, el celo de un apostol, el candor de una virgen, la penetración de los querubines, y un alma delicada, sensible y tierna, como de niña inocente.

Vivía endiosada en medio de sus ocupaciones, sin que estas jamás fueran parte para turbar su quietud ni sacarla de su celestial endiosamiento. Vivía unida á Dios en todas partes, porque todas las cosas le hablaban de Dios. El mundo era para ella un libro abierto que en todas sus páginas le hablaba de amores, pero de amores divinos. La creación entera no era á sus ojos más que un velo misterioso de trasparente gasa, tras el cual aparecía perfectamente dibujada la imagen del Creador, iluminada con los destellos de su misma hermosura, de su sabiduría eterna y de su bondad inmensa.

Por eso en todos los seres de la creación no veía más que hermanos cariñosos, cuyas fisonomías reve-

laban algo de la hermosura y perfecciones de nuestro Padre celestial; y así las flores eran para ella sonrisas del Eterno, los astros, pregoneros de su gloria, la tierra, emblema de su fecundidad, las tempestades, ministros de sus justísimas iras, los mares, testigos de su inmensidad; y mares, tempestades, tierra y cielo, astros y flores, eran para su alma carbones que la encendían y abrasaban en amor de Dios. ¡Oh qué madre tan santa me dió el cielo por maestra, y cuánto bueno me enseñó! Para escribirlo todo, sería preciso entregar la pluma á la bulliciosa y ligera brisa de la mañana, á fin de que ella la moviera á su placer.

Tenía mi Maestra pasión por las flores, y me enseñó un lenguaje misterioso que de ellas aprendió. Cada una era para ella simbolo de una virtud ó una pasión; cada una expresaba un sentimiento de su alma, ó era emblema de un afecto de los mil que bullían en su ardiente corazón. Hasta las ocupaciones más triviales de su vida estaban simbolizadas por las flores ó las plantas, de tal modo, que con el pequeño vocabulario formado por ella en una mano, y en la otra el ramo de flores que mandaba al sagrario, se entendía claramente lo que significaba, lo que quería decirle al Dios de la Eucaristía. Más de una vez me entretenía en este examen, y ví que cada ramo de flores era una plegaria, una verdadera oración, y hasta una carta al Prisionero del Tabernáculo, la cual terminaba con el nombre de su fiel sierva.

Pocos recuerdos de mi noviciado tengo tan grabados como éste en mi corazón. Como allí el silencio es perpétuo y riguroso, me servía de encanto y me era muy delicioso hablar sin abrir los labios, y expresar sin ser oída los afectos de mi alma. Por esto gozaba, cuando decía mi Madre que la vida de una novicia debía parecerse á la mosqueta blanca, simbolo del silen-

cio y la sencillez unidos entre sí. Nosotras decíamos en cambio que su emblema era la rosa alejandrina, pues nos confortaba con la fragancia de sus buenos ejemplos.

Si cometíamos alguna falta, buscaba ocasión oportuna para corregirnos, casi siempre mientras se cosía ó se bordaba; y entonces ponía delante de las culpables un ramito de ajeno ó unas hojas de ortigas, dando á entender que habíamos amargado su corazón, y correspondido con ingratitudes á las bondades del Señor. Cuando éramos buenas, diligentes y aplicadas, ponía sobre los costureros y bastidores, campanillas madrugadoras y hojas de moral blanco, que significaban en su lenguaje la puntualidad y la aplicación en el cumplimiento del deber.

Como la Maestra era tan apasionada á la floricultura, las novicias cultivábamos el jardín y las plantas del cementerio; regábamos las flores y corriamos tras las mariposas las tardes de recreo, y antes de retirarnos á la celda cada una se dirigía al pedacito de jardín que cultivaba para llevar un ramo de flores al altar de su imagen querida. Yo me quedaba embobada en aquellos momentos y no hubiera trocado mi suerte por la de ninguna hija de Adán. Contemplaba mis flores, las acariciaba, hablaba con ellas y les decía que las miraba con cariño, que eran mis hijitas, porque después de Dios á mí me debían su existencia, sus matices, su fragancia y lozanía. Entonces hacía un ramito de ellas y lo enviaba al sagrario.

Si no estaba satisfecha de mi comportamiento comenzaba el ramo con hojas ásperas, confesando así mi ingratitud para con Dios; luego añadía otras de mirra, expresando así mi amargura y mi pesar; después ponía ramitas de lila morada y de mirto, manifestando con ellas la emoción de mi alma y mis deseos

de ser santa. Seguía un cerco de rosas encarnadas, diciéndole á Jesús que todo aquello se convertiría en amor suyo. Sobre éste descollaba otro de claveles, y así iba significando cuanto deseaba ó sentía, para que las flores se lo dijeran por mí al Amado de mi alma. Cuando dominaba mi genio ó vencía en silencio mi amor propio, adornaba el ramo con hojas de laurel, símbolo de la victoria; y cuando lograba corregirme bien de algún defecto, lo significaba poniendo medio caído en el ramo un palito de pino verde, como diciendo: ¡Ya cayó otro coloso!

Las últimas flores que puse en su altar antes de profesar, fueron el girasol y la siempreviva, protestando ¡oh Jesús mio! que siempre viviría para tí y sólo para tí; que tú serías el sol alrededor del cual girarían todos los afectos de mi alma.

Pero ¿á qué entretenerme en contar más menudencias? ¿Á qué hablar de lo que sólo á mí me importa? ¡Ay, obediencia santa, conténtate con esto y no me exijas más: por piedad, por Dios lo pido! Permíteme dejar en el tintero lo que por mí pasó mientras fui su Prometida.